

EL ENOJO¹

Por Wilbur Madera

Todo ser humano lucha con el enojo. En un mundo de decepciones, imperfecciones, miserias, y pecados (nuestros y los de otros), el enojo se da por sentado. Como seres humanos podemos conjugar en todas sus personas el verbo enojar. No cabe duda que por esto la Biblia está llena con historias, enseñanzas, y comentarios acerca del enojo. Dios quiere que entendamos el enojo y sepamos cómo atender nuestros problemas con él.

Escuché de un hombre que se caracterizaba por enojarse con facilidad. Tenía habilidad para los golpes y se peleaba con frecuencia. Mucha gente le tenía temor porque se encendía en un momento y se ponía violento. Un día se vio envuelto en una disputa entre conductores de automóviles y persiguió airado al otro conductor. Al darle alcance, le cerró el paso con su vehículo y se bajó con una actitud amenazadora, listo para golpear al otro. Con lo que no contaba, es que el otro tenía una pistola consigo y cuando estaba a punto de golpearlo, la usó de una manera certera. Así acabó este hombre iracundo.

Podemos pensar: “Yo no soy así. Yo no me enojo por cualquier cosa, ni tampoco tan frecuentemente. Además, yo me enojo por cosas importantes y justificadas. Por ejemplo, cuando las personas no cumplen con lo que se supone que es su responsabilidad, o cuando las personas no me tratan como se supone que debían hacerlo, o cuando las personas quieren abusar de mi confianza... yo me enojo sólo por cosas que lo ameritan en verdad”. Y con este tipo de pensamientos tendemos a minimizar o justificar nuestra práctica del enojo.

Ciertamente, no todo enojo es pecaminoso. Podemos decir esto porque la Biblia enseña que Dios se aira o se enoja por el pecado y la injusticia. Y Dios no peca. Pero siendo sinceros, tenemos que marcar una diferencia entre nuestro enojo y el de Dios. Dios es santo, justo y bueno, jamás su enojo tiene tintes egoístas e inmorales. Pero nuestro enojo, normalmente, está relacionado con nuestro corazón egoísta, egocéntrico y orgulloso. Me ofende que me hayan hecho esto a *mí*. No es la ofensa a Dios o a Cristo, sino a *mí*.

Así que sin temor a equivocarnos podemos sospechar siempre de nuestro enojo como un *enojo pecaminoso* y no como *enojo santo*. En la Biblia el enojo humano casi siempre se trata como algo de lo que hay que arrepentirse y atender prontamente. Y este es el caso del enfoque que le da Jesús al enojo en el Sermón del Monte, allá en Mateo capítulo 5.

El enojo es un pecado muy serio.

Lo primero que Jesús dice, es que el Enojo es un pecado muy serio. Contrario a nuestra tendencia a considerar nuestro enojo como justificado, honorable y entendible, Jesús señala claramente la gravedad de esta respuesta pecaminosa ante las personas.

Mateo 5:21-22 dice: *Ustedes han oído que se dijo a sus antepasados: “No mates, y todo el que mate quedará sujeto al juicio del tribunal”. Pero yo les digo que todo el que se enoje con su hermano quedará sujeto al juicio del tribunal. Es más, cualquiera que insulte a su hermano quedará sujeto al juicio del Consejo. Y cualquiera que lo maldiga quedará sujeto al fuego del infierno.*

Creo que todos consideraríamos el asesinato, el quitar deliberadamente la vida a otra persona, como un pecado muy serio. Uno de los diez mandamientos expresamente es “No matarás”. Tú y yo no tenemos el derecho que quitar la vida o asesinar a alguien más. La palabra “asesino” es una palabra muy fuerte porque implica un pecado muy serio.

¹ Este artículo es una versión resumida de un sermón predicado en el 2017.

La enseñanza de los maestros de la ley de Dios en los tiempos de Jesús iba en ese sentido con respecto al homicidio; ellos decían si alguno mata tendrá que enfrentar el juicio de un tribunal. Sin embargo, la visión de los maestros de la ley quedaba corta respecto a la envergadura del mandamiento de Dios: “No matarás”. Jesús aclara que la extensión del mandamiento abarca, incluso, las intenciones o motivaciones que producen el acto de asesinar a alguien.

Jesús dice, no sólo el que quita la vida a alguien tendrá que enfrentar el juicio de un tribunal, sino también el que se enoja contra su hermano, el que lo ofende, el que le dice “cabeza hueca” o lo maldice con enojo. También éste tendrá que enfrentar grandes consecuencias; tan graves que incluso rebasan el mero plano humano, llegando a enfrentar incluso el fuego del infierno.

Jesús está diciendo que, si puedes ver la gravedad o seriedad del asesinato, no le des otro tratamiento o consideración al enojo. Que no nos demos palmaditas en la espalda pensando que somos “buenos chicos” por no haber matado a alguien. Después de todo, espero que no muchos de nosotros asesinaremos físicamente a alguien, pero sí todos nosotros nos hemos enojado o nos enojamos con las personas frecuentemente. Lo que se requiere para matar a alguien, está, en esencia, en el enojo en contra de alguien. Las palabras o acciones de enojo son golpes asesinos contra el hermano.

¿Cuándo fue la última vez que nos enojamos o actuamos enojados contra alguien? ¿Qué palabras usamos? ¿Qué pensamientos pasaron por nuestra mente? ¿Qué pensamos en ese momento cuando el otro conductor se nos atravesó descuidadamente? ¿Acaso no lo golpeamos con nuestro carro en nuestra imaginación? Pues dice Jesús, que, aunque no hayamos jalado el gatillo o clavado el puñal, somos tan culpables de trasgredir el mandamiento de Dios, como los que están cumpliendo una sentencia por asesinato.

El apóstol Juan hace eco a las palabras de Jesús cuando dice en 1 Juan 3:15: *Todo el que odia a su hermano es un asesino, y ustedes saben que en ningún asesino permanece la vida eterna.*

El enojo es un pecado muy serio. Esto debe llevarnos al arrepentimiento y correr a la gracia de Dios por misericordia. Esto nos debe llevar a dejar de ser condescendientes con nuestro propio enojo, dejándolo de ver como justificado, honorable y razonable. Dejar de llamarlo nuestro temperamento, nuestra herencia familiar, o nuestro mecanismo de defensa y tantas otras maneras como solemos llamarlo para seguir perpetuando este grave pecado. Jesús nos aclara la gravedad del enojo pecaminoso.

El enojo hay que atenderlo prioritariamente.

Después de aclarar la gravedad del enojo, Jesús pone dos casos en los que los efectos del enojo se han dejado sentir y nos muestra la atención prioritaria que debemos darle.

Mateo 5:23-24 dice: *»Por lo tanto, si estás presentando tu ofrenda en el altar y allí recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí delante del altar. Ve primero y reconcílate con tu hermano; luego vuelve y presenta tu ofrenda.*

El primer escenario es la de un adorador que viene con un corazón de gratitud para Dios. Dios es tan prioritario para él que trae hasta el altar una ofrenda en Su honor. ¿Qué podría ser más importante que adorar a Dios? Pero Jesús nos dice claramente que, aunque entregar esa ofrenda es importante, no es la prioridad en este caso. Nos dice que, si por causa del enojo pecaminoso se ha roto una relación, antes de entregar tu ofrenda, debes ir primero a reconciliarte con tu hermano.

La reconciliación de esas relaciones rotas por el enojo pecaminoso tiene prioridad, en este caso, sobre la entrega de una ofrenda de adoración. No pensemos que podemos estar bien con Dios, si voluntariamente estamos mal con nuestro prójimo. Si podemos hacer algo por la

reconciliación y no lo hemos hecho, las ofrendas o los actos de adoración, deben esperar, pues hay algo prioritario para hacer. El enojo hay que atenderlo prioritariamente.

Jesús pone un segundo caso que nos indica la prioridad que tiene la atención a nuestro enojo. Mateo 5:25-26 dice: *»Si tu adversario te va a denunciar, llega a un acuerdo con él lo más pronto posible. Hazlo mientras vayan de camino al juzgado, no sea que te entregue al juez, y el juez al guardia, y te echen en la cárcel. Te aseguro que no saldrás de allí hasta que pagues el último centavo.*

El escenario cambia, pero el mensaje es básicamente el mismo. Ahora es el caso de una disputa civil. Dos personas están en desacuerdo por algún asunto que es susceptible de ser llevado a los tribunales. Jesús dice que, si por tu enojo estás “montado en tu caballo” de orgullo, estás dispuesto a llevar un asunto hasta los juzgados, estás peleando con alguien, mejor no lo hagas. Al contrario, abandona pronto tu enojo y llega a un acuerdo lo más pronto posible, porque si sigues en tu enojo orgulloso es posible que acabes en la cárcel cuando pudiste arreglarlo pacíficamente. Nuevamente, el mensaje es el mismo. Atendamos el enojo prioritariamente.

¡Que fuertes son las palabras de Jesús! Sobre todo, para nosotros que luchamos con el enojo. Pero para los que están en una relación verdadera y de fe con Jesucristo hay buenas noticias. Las buenas noticias nos las da el mismo Evangelio de Jesucristo. Porque Dios para esto envió a Jesús. Él vivió esa vida perfecta libre de pecado; él reflejó la justa y santa ira de Dios cuando se enojó por la injusticia y el pecado. Y aun viviendo la vida perfecta que nosotros no podemos vivir, llevó a costas nuestra culpa y nuestra vergüenza en la cruz del calvario; pagando por nuestros pecados, recibiendo en nuestro lugar la ira justa de Dios y con esto nos reconcilió con el Padre.

Al resucitar el tercer día de entre los muertos y sentarse a la diestra de Dios, y enviar al Espíritu Santo, asegura que todo aquel que se identifica con él por medio de la fe, pueda experimentar una transformación constante llamada santificación, que incluye un corazón que vaya dejando a un lado el enojo pecaminoso. Lo que es imposible de cambiar por fuerza de voluntad, es posible por la gracia de Dios en nuestras vidas. Así que, somos ese pueblo al que Dios llama y habilita para vivir de manera diferente.

Atendiendo el enojo.

En virtud de la obra de Cristo en nuestras vidas, hagamos, al menos, tres cosas respecto al enojo:

Examina tu enojo. Pregúntate, ¿Mi enojo viene de un celo por Dios o de un celo por mí? ¿Qué me ocupa en mi enojo, Dios o yo? ¿Qué creencias o deseos están detrás de mi enojo? ¿Cuánto tiempo me quedo aferrado a mi enojo? No des por sentado que todo está bien con tu enojo y que es justificable, honorable o razonable. Pon la lupa de la Escritura sobre tu corazón y sus motivaciones.

Arrepiéntete de tu enojo. Si nuestro enojo claramente es pecaminoso, debemos tratarlo como cualquier otro pecado: debemos confesarlo y pedir perdón. Pide perdón a Dios por tu pecado. Si al mirar atrás, ves la estela de destrucción que tu enojo provocó en los que te rodean, también ve con cada uno y reconoce tu pecado y solicita su perdón.

Lucha contra tu enojo. No bajas la guardia con el enojo pensando que es algo común y ordinario en el ser humano. Jesús nos ha enseñado que no se trata de cualquier cosa; que no es un asunto trivial, sino es algo muy serio y prioritario. Busca ayuda, rinde cuentas, sumérgete en los medios de gracia y pide el apoyo de la comunidad de fe. Plantea una lucha frontal contra este pecado en tu vida.

Por la gracia de Dios, hemos sido habilitados por el Espíritu Santo para abandonar, la ira, el enojo, los gritos, los golpes porque hemos nacido de nuevo en Cristo y somos parte de una nueva creación, donde el enojo pecaminoso no tiene cabida. Jesús dijo ese día: "Pero Yo les digo" y nos lo ha dicho este día también. Hay una manera diferente de vivir como discípulos de Cristo. Hay una manera de vivir para la gloria de Dios.